Lola González

Los hombres perfectos

Derechos de autor © 2022 Lola Gonzalez

Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.

Fotografía de cubierta: Matthew Henry en Unsplash

A mis padres, por regalarme la vida.

A Ricardo, por surfear la incertidumbre conmigo.

A Eliane, que se sumergió en esta historia con la lupa crítica que necesitaba. Gracias por estar ahí, siempre.

Would you not like to try all sorts of lives — one is so very small but that is the satisfaction of writing — one can impersonate so many people.

KATHERINE MANSFIELD

Los hombres perfectos

Living is a form of not being sure, not knowing what next or how.
The moment you know how, you begin to die a little.

AGNES DE MILLE

—Hola, soy Nico —dijo.

—Yo soy Gala. ¿Qué haces aquí? —disparé sin pensar, en un claro intento por conectar a un tío así en un lugar como ese.

Nico se rió por mi atrevimiento, mostrando de nuevo una sucesión inmaculada de prototipos dentales.

—Acabo de volver a Madrid. Charlotte me dijo que daba unas copas hoy y no me lo he pensado mucho, era esto o quedarme en casa viendo una serie.

—Pues no sé qué decirte… —contesté.

—¿Y qué te trae a ti por aquí? —respondió con una carcajada. ¿Eres amiga de Charlotte?

—No, la acabo de conocer. He venido con mi amigo Jorge, ese que está ahí, el alto que se la come con la mirada.

Charlotte reía en ese momento con la cabeza ladeada dejando el cuello al descubierto y a Jorge le estaban empezando a crecer los colmillos.

—Ya veo —dijo Nico—. Ella parece que está encantada también.

—Sí, no hay ninguna duda. ¿No ves su pelo, perfectamente revuelto a la francesa? Está lista para seducir.

—Jajaja ¿ah sí? ¿Y cómo es eso? ¿Las francesas tienen esa técnica? —contestó él—. *C´est bon.*

—Ese acento no suena como el mío. ¿Por qué?

—A lo mejor porque fui al Liceo y he vivido diez años en Paris.

—Venga ya. ¿Y no te habías dado cuenta de esa dejadez casual, de ese *je ne sais quoi* de las francesas? No te creo.

Encogió los hombros y puso cara de inocente, un gesto que me pareció poco creíble. Estábamos delante de la barra y empezábamos a molestar a todos los que venían a rellenar sus vasos, así que cogimos las copas y buscamos un rincón en el sofá que teníamos enfrente, desvencijado y hundido en el centro, de un color pardusco y con la huella de muchos estudiantes y muchas fiestas como aquella. Al lado del sofá había una lámpara de pie, con la campana torcida y sucia, que aún conservaba por partes algún recuerdo de su color crema original. La luz era tenue, amarillenta, pero suficiente para que no pareciera que estábamos buscando intimidad.

Nico me contó que trabajaba en el departamento de *marketing* de una farmacéutica y que estaban desarrollando una nueva prótesis biomédica que prometía recuperar el sentido del tacto en pacientes que tuvieran las manos amputadas. Casi nada. Hablaba con mucho entusiasmo de su trabajo y yo le presté atención con más curiosidad que interés. Se notaba que le gustaba oírse, que se sentía importante y muy seguro en ese terreno. Yo le conté que era editora y que estaba especializada en ficción, pero que a veces echaba una mano con las colecciones de autoayuda o lo que entre colegas llamábamos «cómo aprender a vivir y no morir en el intento». Él me miraba solícito, me dejaba hablar e intervenía sin atropellar, con una cortesía de manual. Demasiado perfecto y con un punto indescifrable que me incomodaba un poco.

Le hablé de la última rueda de prensa que había ayudado a organizar para presentar un libro de juguetes eróticos. *Autoayuda en el sentido estricto de la palabra*, le dije. Le conté que después de la rueda de prensa había quedado a comer con mi madre en un restaurante y que nada más entrar se me había caído el bolso al suelo, expulsando de su interior un puñado de aros vibradores y varios botes de lubricante, para estupor de mi madre y del resto de comensales a nuestro alrededor. La autora me los había endiñado a la salida de la presentación, tal vez con la idea de sobornarme para que le diéramos un empujón de ventas a su libro. En esa ocasión Nico se rió de verdad, quiero decir sin el disfraz de los modales por una vez. Seguimos hablando un buen rato y debo reconocer que me mantuvo entretenida hasta que un alboroto en la entrada de la casa nos sacó de esa especie de burbuja en la que nos habíamos metido. La puerta de la calle estaba abierta y desde el sofá podía ver a mi amigo Jorge moverse por el descansillo, hablando con unos y con otros, con los ojos desencajados y gesticulando nervioso. Me levanté de un salto y fui corriendo hacia él, que en ese momento estaba parado en el umbral de la puerta.

—Jorge, ¿qué pasa?

—Joder, Gala. Se acaba de caer uno de los mejicanos al patio.

—¿Cómo? ¿Qué mejicano, qué dices, dónde?

El piso en el que vivía Charlotte estaba en una corrala de esas antiguas que aún hay en algunos edificios del centro de Madrid. Tenía una barandilla de madera que rodeaba todo el

perímetro de la planta. Cuando salí al pasillo, vi una masa de gente apoyada en el pasamanos, mirando para abajo. Me hice un hueco entre el bulto y pude ver al mejicano, que se llamaba Francisco, tirado en el patio bocarriba, con una expresión más de milagro que de dolor. Según me contó Jorge, Francisco estaba con unos cuantos amigos apoyado en la baranda de madera cuando ésta cedió con el peso, dejando caer a plomo al más corpulento. La altura era de unos cuatro metros y Francisco, de dos por dos, se había estampado contra el suelo como un fardo. Ahora yacía tranquilo mirando a su público, con semblante místico, quejándose ligeramente del golpe que no parecía grave. Afortunadamente, Francisco traía incorporado de fábrica un colchón natural de triple capa que le resguardaba todos los huesos. Esa ventaja, sumada a una tasa considerablemente alta de alcohol en sangre, le estaba protegiendo temporalmente del dolor. Los que estaban allí congregados, se debatían entre llamar o no al SAMUR. Una discusión inútil, obviamente, porque eran las cuatro de la mañana y los tertulianos eran veinte borrachos tratando de juntar palabras para convertirlas en frases. Jorge tenía el permiso de residencia caducado y eso fue suficiente para que se le despejara la mente de un plumazo. Cuando comprobó que el colega estaba fuera de peligro, vio de forma cristalina que el que corría peligro era él si nos quedábamos ahí a esperar a que llegara cualquiera a pedirnos el DNI. Así que, *Galita nos tenemos que ir*, me susurró, y yo me asomé el quicio de la puerta para despedirme de Nico que seguía sentado en el sofá ajeno a la revuelta. «Nos vemos», le dije (igual que decimos todos cuando sabemos que lo más probable es que no nos volvamos a ver) antes de que Jorge me cogiera del brazo y nos fuéramos a la francesa. Como no podía ser de otra manera.

Nico me devolvió el saludo desde la poltrona con un par de destellos luminosos de esmalte dental y con el tiempo entendí que lo que para mí había sido una noche entretenida, sin más, para él había sido el inicio de la conquista.

Si yo pensé en pedir presupuesto para hacerme un blanqueamiento, él pensó que no se iría de la fiesta sin conseguir mi número de teléfono.

A la mañana siguiente me contaron que Francisco estaba bien, que cuando oyó que alguien sugería llamar al SAMUR resucitó como Lázaro. Se levantó de un salto con un *No mames* y volvió a la fiesta para ponerse otra copa.

Jorge estaba abriendo la puerta de su casa cuando Charlotte, aturdida, lo llamó para darle el parte. Él la escuchó atentamente y aprovechó el golpe de suerte que se le presentaba con la francesa, después de una noche que había resultado infructuosa hasta ese momento. Entornó los ojos con picardía y cerró la puerta tras de si para volver a casa de Charlotte triunfante, con el pretexto de disculparse por haberse ido sin decirle nada y, ya de paso, llevarla al mejor sitio para desayunar en Madrid cuando el alba empieza a despuntar. Mi gran amigo, siempre dispuesto a asistir a una dama en apuros.

Cuando Jorge me preguntó por mi noche yo le hablé de Nico por encima. «Por lo menos me mantuvo entretenida mientras tú te camelabas a Charlotte…» Oí su risa canalla al otro lado del auricular «Ay mi Galita, ¿no te habrás enamorado?».

Pero qué dices güey… Yo, la reina del NO.

Diría que la mayoría de las veces, en lugar de elegirlos yo a ellos, son ellos los que me eligen a mí. Suena estrambótico y lo sé, pero como dijo Madonna, vivo ejemplo de la filosofía teológica contemporánea: *Life is a mistery*.

Me sucede a menudo. Podría decirse que los libros se me aparecen por casualidad y cuando me sumerjo en ellos descubro que quieren enseñarme algo muy concreto, que suele estar relacionado con lo que estoy viviendo en un momento determinado. Oh, magia. Como si vinieran a avisarme de aquello que me ha pasado inadvertido. El problema es que a veces no estoy preparada para recibir el mensaje. O no quiero estarlo, más bien, porque eso significaría enfrentarme al espejo cuando no me atrevo a mirarme a la cara.

Aparte de que a veces no quiero *escucharlos*, cuento con otra desventaja: un fallo de fábrica en lo que a memoria a largo plazo se refiere. No soy capaz de retener información precisa durante mucho tiempo. Ya se lo dije a las repelentes de la primera fila en el colegio y se lo digo siempre a cualquiera que me pida que le cuente en detalle la trama de una novela que me haya leído hace un mes. Aunque me haya encantado, qué le vamos a hacer. No sé si será porque hay épocas en las que leo de forma compulsiva, encadenando un libro con otro, sin darme tiempo a digerirlos. Y entonces mezclo ficción y realidad, argumentos y personajes, construyendo con ese puré un nuevo libro en mi cabeza. Puede que sea un poco adicta a navegar por las tempestades de otros porque, a fin de cuentas, no son tan distintas a las mías. Las miserias, las dudas y las alegrías son todas las mismas pero pintadas de colores diferentes. Creo que sólo se trata de encontrar el color que va contigo.

Cuando tenia nueve o diez años gané un concurso de lectura en el colegio porque me leí la colección completa de “Elige tu propia aventura Globo Azul”. De aquel gran acontecimiento me llevé un regalo (diez libros de la colección “El Barco de Vapor”, la que sería mi siguiente adicción) y tres conclusiones: que lo mío era leer, que la vida es un juego en el que puedes modificar el transcurso de tu historia y que en mi familia no era muy popular eso de elegir tu propia aventura o la versión anglosajona del *express yourself*. No es que hubiera un boicot directo a las pasiones, era más como un rumor silencioso, una sombra de burla ante cualquier intento de emoción.

Mi padre era el único que se atrevía, de vez en cuando, a mostrar una cara lírica. El problema es que enseguida chocaba con la cara prosaica de mi madre. A saber, la imagen de una señora poniendo los ojos en blanco y farfullando con desdén:

Ya-estás-otra-vez
Déjate-de-tonterías
Anda-ya-Paco

Porque, en mi casa, cualquier cosa no lógica se llama Tontería**,** definición de madre. Y porque Paco tenía acumulados varios kilos de Tontería en poco más de un metro setenta de estatura y grandes sueños silenciados en esa España del pudor y del qué dirán, la España de las camisas bien
planchadas y del como Dios manda.

Aún así, los domingos, mi padre sacaba pecho y encendía la minicadena. *Ahí la llevas Anita*. Ponía sus casetes y más tarde sus cedés, con la llegada de la modernidad. Su catálogo musical, con una clara tendencia a la melancolía, se mantuvo siempre intacto al paso de los tiempos.

El espectáculo arrancaba a eso de las diez de la mañana, a la hora en la que otros estaban comulgando. Mi padre apretaba el triangulito del mando y cuando asomaban por el altavoz los primeros acordes de Los Fronterizos (folclore argentino en estado puro, con sus almas llaneras y sus llantos existenciales) en la cara de mi madre se dibujaba automáticamente la línea del desaire: *Ya estás otra vez Paco*. Siempre pensé en lo acertado de ese nombre para la banda: Los Fronterizos. Yo creo que ellos ya sabían, cuando cantaban sus penas, que estaban en el límite entre lo razonable y la Tontería. Como nos pasaría a todos si nos atreviéramos a cantar nuestras milongas de esa forma tan descarnada.

La mecánica de los libros de “Elige tu propia aventura” era sencilla pero vanguardista para la época. Se presentaba un problema o una situación a resolver y varios caminos que tomar, que enlazaban con distintos finales, más o menos trágicos, más o menos previsibles. Estos libros fueron el origen de los librojuegos y de una forma de leer interactiva, un término que hoy nos parece evidente pero que no lo era tanto hace treinta años. En un libro (en una vida como me parecía a mí) cabían muchas historias distintas. Me gustaba empezarlos una y otra vez, elegir los diferentes caminos para ver dónde acababan, aunque las opciones eran bastante limitadas y siempre contaba con la ventaja de saber que si mi personaje moría, resucitarlo era tan fácil

como volver a la primera página. Siempre me parecía que el peor camino, el más aburrido, era el que parecía evidente. Por lo general era mucho más divertido explorar las opciones menos previsibles.

No sé si fue el efecto de esos libros mezclado con el cóctel existencialista de la adolescencia, el caso es que a los dieciséis años escribí en un papel: «Entre la Muerte y la Nada, me quedo con la Muerte» y lo pegué a la cabecera de mi cama. Este principio juvenil me acompañó durante muchos años como una oración, la sustitución laica del "Cuatro angelitos tiene mi cama". Yo no quería desembocar en la Nada. No quería seguir un camino recto, no me dejaría arrastrar por la senda de lo previsible. Ese mantra, creía yo, sería mi filosofía de vida.

Hasta que la cagué.

también para ellos aunque no lo crean, que es dinámica y cambiante, caprichosa e impredecible.

La vida que se ríe de nosotros cuando intentamos planificar demasiado.

Momo venía con un mensaje implícito a tenderme una mano pero yo no supe ver las señales. No vi que Nico era, es, uno de esos hombres grises. Enfocado en objetivos, entrenado para la eficiencia, programado para ganar. Y yo, un pájaro que improvisa el nido. Lo pienso ahora desde la distancia, física y temporal, y se me dibuja una medio sonrisa.

Conseguí una habitación en un piso compartido con una conocida de una amiga mía, que vivía con un alemán de cincuenta años. Al alemán, que se llamaba Rainer, le gustaba etiquetar con su nombre los armarios de la cocina en los que guardaba su comida, por si acaso de madrugada caíamos en la tentación de comernos sus latas de chucrut o de apio conservado en vinagre. Se pasaba el día al ordenador, vendiendo componentes eléctricos online (o eso decía) y vociferando *Scheiße*, ósea *Mierda*, constantemente. Me habría encantado mantener alguna conversación con él en alemán pero, las pocas veces que nos cruzamos por la casa, sólo conseguí que levantara la barbilla a modo de saludo.

Madrid es como un viejo amigo que te espera con los brazos abiertos, que nunca te reprocha que te fueras. Y aunque había sido mi territorio, ya no lo era tanto, después de haber vivido en Berlín casi diez años en los que desconecté prácticamente por completo de esa ciudad de mi infancia y mi primera juventud. Así que los primeros meses los absorbí como esos turistas ansiosos que quieren exprimir al máximo una visita de fin de semana. Conseguí arrastrar a Nico a algunos de mis planes de *guiri*, lo llevé al Matadero y lo convencí para ir al microteatro, lo paseé por exposiciones de artistas emergentes sobrados de entusiasmo. Creo que él se metió en mi universo con obediencia, cumpliendo con su función de consorte, pero sin acompañarme en la emoción. A Nico le conmovían otros asuntos más prácticos, como una buena inversión inmobiliaria o la idea de una familia de postal. Desde que nos conocimos me sorprendió la claridad con la que proyectaba su futuro. De forma natural, como el que sabe que siempre consigue lo que se propone, me hablaba de la familia que *seríamos*, de los hijos que *tendríamos*, de la madre perfecta en la que me *convertiría*. Y aunque yo me resistía a creerlo y a pensar en futuro, algo que nunca me había interesado en realidad, al final me dejé embaucar por esa melodía y acepté como algo romántico lo que no eran más que fórmulas de Excel que él iba resolviendo en su cabeza. Siempre se acordaba de todo y parecía mostrarme atención aunque lo único que estaba haciendo era registrar datos en su computadora mental, codificada para no fallar.

Nos casamos (¿me casé?) delante de cuatrocientos invitados, nos fuimos a vivir a la casa ideal que sus padres le habían regalado y yo me metí en esa espiral adulta y peligrosa, en la que se premia lo cerebral y se dejan a un lado las sensaciones. Me convertí sin darme cuenta en la Señora de Gris. Pero no como las señoras que adoptan el apellido de sus maridos, sino como las señoras que absorben el color de sus maridos, que es mucho peor. Empecé a vivir de forma planificada y predecible, con un marido perfecto y un trabajo de adulta respetable, en el que me dedicaba a leer las aventuras de otros sin tiempo para repasar las mías, anestesiada como vivía en mi mundo sin fisuras.

Profesionalmente no podía quejarme, eso es verdad. Diría que fue el único terreno en el que seguí siendo yo misma. Estaba en una de las editoriales más importantes de España y confiaron en mi criterio desde el principio, dándome la posibilidad de reeditar algunos clásicos y de lanzar varias novelas de éxito. Así que pude seguir viviendo de mi pasión por la lectura. Aún recuerdo el día en el que firmé el contrato. Llamé a mi madre, emocionadísima, para contarle que me iban a pagar por leer cosas *serias* «¿Te lo puedes creer, mamá?». Como era de esperar, ella me contestó que ya era hora de que dejara de trabajar con libros de guarrerías (es decir, sexo) y de chorradas como aprender a respirar.

Más adelante descubriría que no me pagarían exclusivamente por eso, claro, pero leer era una parte fundamental de mi día a día, así que el resto de tareas más tediosas no me pesaba. Al fin y al cabo, lo que me gustaba era la variedad, el saber que cada día era diferente.

Porque en casa, sin embargo, era todo lo contrario: las vacaciones pautadas, las salidas programadas, el orden. Todo era previsible, con lo que me ha espantado siempre esa palabra:

Pre- vi- si- ble. Carente de sorpresa.

Aún no tengo claras las razones por las que me enajené temporalmente, pero lo cierto que es poco a poco me fui diluyendo y hasta podría decir que disfruté durante un tiempo (¿cuánto hay de disfrute real en un proceso de enajenación?) siendo la protagonista del dibujo de los monigotes, funcionando como un reloj suizo. Estaba jugando a ser mayor.

¿En qué momento me hice mayor, yo que nunca quise serlo?

¿Había llegado hasta ahí porque de verdad quería o porque en el fondo me perseguía lo de mi tía Maruca, la tiquismiquis, la que se había quedado sola de tanto buscar?

abstracto, o *la asistenta me ha pedido los sábados libres, fíjate cómo han cambiado los tiempos.*

Las cenas con el otro grupo, los que bauticé como "los defectuosos" eran mis preferidas. Se repetían siempre en casa de Marga y Luis, los del ático, que muchas veces nos recibían con la cena a medio hacer pero con un calor genuino, la disculpa sincera (*se nos ha echado el tiempo encima*) y el trasiego de los que han apurado hasta el último minuto. De esas noches recuerdo la risa descontrolada de Marga (tan segura de sí y de sus emociones) y de que desprendía una elegancia natural que a mí me embelesaba. En esa casa se respiraba autenticidad y en las conversaciones se colaban temas espinosos como la política o la religión, que despertaban reacciones desiguales pero que nunca provocaban ningún cataclismo porque el respeto estaba por encima de cualquier diferencia. A los niños nos ponían la cena en la cocina pero no había un protocolo a seguir, podíamos movernos libremente por la casa mordisqueando los mejores *nuggets* de pollo de la historia que preparaba Charo, la asistenta.

La hija de Marga y Luis, Clara, fue mi primera amiga y aún hoy sigue estando entre las mejores. Aunque todos vivíamos en el mismo edificio y los niños coincidíamos en el colegio, "los tiesos" consideraban que "los defectuosos" eran demasiado extravagantes, demasiado libres, demasiado difíciles de trazar. Así que nunca se organizaban cenas conjuntas. A "los tiesos" les daba miedo la vida y su desorden natural pero, secretamente, se sentían atraídos por lo que ocurría más allá de sus paredes. Yo creo que en el fondo siempre tuvieron envidia del otro grupo.

En casa de Marga y Luis no había una madre -es decir, una mujer- dando instrucciones al servicio y un padre -es decir, un hombre- sentado y a la espera de que se fueran cumpliendo cada uno de sus antojos. Recuerdo con especial horror a uno de esos padres tiesos que se refería a su mujer como "mamá". *Mamá, tráeme el café, mamá el rosbif está de escándalo.* Y a esa *mamá* sonriente, orgullosa de su doble rol de esposa y madre de ese distinguido señor con barriga.

Llamar *mamá* a tu mujer equivale a pedirle que te arrope y te lea Peter Pan antes de dormir. No hay por dónde cogerlo.

Tengo muy presente cómo me divertía pasar de un mundo a otro para observar las diferencias y cómo me alegraba cuando era el turno de cenar en casa de Marga y Luis. Por aquel entonces tenía claro que ese era mi mundo ideal. Hasta que maduré por error y olvidé a esa niña embelesada con Marga. Imagino que fui subiendo poco a poco las escaleras hacia el éxito adulto sin darme cuenta, esas escaleras traicioneras que van haciendo desaparecer los peldaños tras de ti a medida que avanzas. Y que acabé llegando al último escalón, al de la casa esterilizada, la casa con servicio, la casa con manteles de hilo sin arrugas y una agenda planificada a cincuenta años vista.

Y que ahí encerré a esa niña.

Con el paso del tiempo, ante el desgaste de la novedad y mi falta de interés por completar la estampa de familia perfecta que Nico tenía en mente (es decir, añadir tres o cuatro hijos al marco de plata, algo de lo que él hablaba en abstracto, como el paso natural que tendríamos que dar tarde o temprano), Nico dirigió la conversación hacia la casa de vacaciones (siempre donde estuviera su círculo social) y el plan de jubilación. ¡El plan de jubilación! La primera vez que oí esas palabras saliendo de su boca me vi sentada de nuevo, con doce años, en el salón de "los tiesos" y me entró un ataque de risa estilo Marga, con la cabeza echada hacia atrás y el pecho en un sube y baja, como si aquello no fuera conmigo.

A pesar de los indicios de alarma, seguí esquivando, una y otra vez, acomodada en mi poltrona, todas las señales de salida de emergencia que se me iban presentando. Opté por volcarme más en mi trabajo y me encerré en mi mundo, porque, aunque no me atreviera a moverme, en el fondo yo ya sabía que habíamos tocado techo.

Fue por entonces cuando empecé a tener unas conversaciones extrañas. Extrañas porque éramos yo y *otra* yo las que hablábamos. Y nunca estábamos de acuerdo. Algunas noches, mientras me desmaquillaba, me sorprendía oírla con una nitidez total. Era como si tuviera al lado a otra versión mía, una sombra sin forma que me asaltaba de golpe y empezaba a hablar sin previo aviso:

Cómo te vas a quejar, de qué te quejas si lo tienes todo. La casa ideal, el marido encantador en la cima del éxito, las vacaciones cuatro veces al año. Vives como Dios manda, no te salgas del borde, no estropees el dibujo.

Una noche mientras batía un huevo, concentrada en el eco que producía el choque del tenedor contra el plato en la cocina, me rebelé contra la sombra y le grité lo que pensaba:

Pues me quejo del aburrimiento, me quejo de la planificación, me quejo de que no hay magia

en la repetición de un día perfecto tras otro. Me quejo de la exigencia, sibilina y amable, la que se va imponiendo de forma silenciosa por seguir el guión de lo razonable.

Me quejo porque no soy nada más que un holograma de felicidad cabal.

Me quejo porque en realidad me da igual comer a las dos en punto o a las tres menos cinco y me quejo porque el idiota me pregunta que dónde ha puesto la asistenta su camisa de gemelos, que tiene una cena de gala y otra vez lo mismo, esta tía es un desastre, no la tienes controlada.

Contrólala tú y pregúntale tú dónde ha puesto tu puta camisa. ¿Acaso sabes tú dónde está mi bufanda de rayas? ¿Esa que necesito ahora mismo para coger la puerta y dejar de oírte?

separarlo de la pared y al moverlo, algo se cayó por detrás. Arrastré la cajonera con cuidado y asomé la vista por el hueco. Era un cuadrado de papel. Alargué el brazo todo lo que pude hasta que logré cogerlo haciendo pinza con los dedos y vi que era una ecografía. La imagen de un embrión dentro del saco gestacional. La silueta de un bebé con la cabeza desproporcionadamente grande apoyada sobre un cuerpecito encogido, con un botón como nariz sobresaliendo en el perfil. A la izquierda de la ecografía, arriba, un nombre: FRANCO, LILIANA y a la derecha la primera información de esa vida: 12 semanas 0 días y 7.7 centímetros. Antes de que mi cerebro pudiera procesar esos datos, las rodillas se me doblaron sin permiso y me dejaron caer en el suelo, contra la cajonera, debajo del maldito jarrón. Miré la ecografía del derecho y del revés, tratando de descifrar.

¿Qué es esto? ¿Quién es Liliana Franco?

Me levanté como pude y fui al salón a buscar el portátil con el propósito de pedirle explicaciones al todopoderoso, a quién sino. Pensé en lo fácil que teníamos el acceso a la información y en lo arriesgado que era, en las veces que recurríamos al Dr. Google ante el más mínimo síntoma de alerta. Y en que la respuesta solía ser fatídica, terminal. Tuve miedo de encontrar una explicación funesta, a pesar de que sabía ya que tenía una sospecha peligrosa entre mis manos. No había duda de que algo encontraría en el catálogo de catástrofes del sabelotodo. Respiré hondo y tecleé: Liliana Franco. Aparecieron varios resultados con perfiles de Twitter, de Instagram, de Facebook. Nada que llamara mi atención hasta que pasé a la segunda página de resultados e hice clic en un perfil de LinkedIn.

Liliana Franco, *CalArts alumni, from Bogotá, based in Bogotá. Currently writing my first novel, just for fun.*

¿Bogotá? Repetí en voz alta. El eco de esa palabra se quedó flotando en el aire del salón, un aire que se volvió turbio y espeso, como un corazón bombeando con dificultad. Tá-tá-tá. Bogotá era de pronto una ciudad convertida en el martillo invisible que me golpeaba la sien siguiendo un compás rítmico. Se me secó la boca, como si alguien hubiera aspirado de golpe todo el oxígeno de la estancia, se me secaron los ojos de saltar de la pantalla a la ecografía y de la ecografía a la pantalla. Liliana Franco, media melena castaña con las puntas doradas. Mirada serena pero avispada, sonrisa amplia pero sin pretensiones. Guapa. Un aire a Sofia Coppola.

¿Qué cojones es esto?

¿Quién eres Liliana? ¿Quién eres Nico? ¿Quién soy yo?

Cogí mis llaves y la ecografía y cerré la puerta de casa como quien cierra la caja de los truenos, sabiendo que ya no habría marcha atrás y sabiendo también que un paso al frente no sería fácil.

¿Era eso de lo que teníamos que hablar? ¿Era ese el gran proyecto de Nico en Bogotá? ¿Sería *esa* la que le decía justo antes de dormir que la abrazara por la cintura para sentir al bebé?

Primero: la rabia.

Sentí el estómago arder, mi amor propio mezclado con la espuma de la rabia en ebullición. Eché a andar sin rumbo, calle abajo, con una dosis de ira que desconocía en mí y que me hacía acelerar el paso, como huyendo sin saber de qué ni hacia dónde. Podía ver mi mirada de odio como si estuviera frente a un espejo imaginario.

El puto cabrón y su mundo perfecto. Y yo, tan lerda. Sentí pena por mí, por traicionarme, por no haberme parado a escuchar mi voz y haberme disuelto en la suya. Hacia tiempo que él me daba igual, ¿alguna vez me había importado? ¿Por qué había tardado tanto en irme, entonces, sabiendo que ahí no había nada por lo que quedarme?

No hay nada peor que ser desleal con una misma y lo sabes Gala ¡ya lo sabías! Me gritaba *otra* desde dentro. *Tienes lo que te mereces.*

Iba atravesando calles descontrolada, en lucha conmigo misma. La oleada de furia que sentía por mi traición, más que por la suya, me estaba descomponiendo. Noté cómo vibraba mi muñeca, 180 pulsaciones, un mensaje en la pantalla: *Take a break.*

No quiero. Go fuck yourself.

Me quité el reloj y me lo metí en el bolsillo, no estaba para impertinencias. Ya sabía que

tenía el pulso desbocado y la ansiedad empezaba a arañarme la boca del estómago. Ahí me tienes, tan brava y sin saber navegar las olas, buscando tierra firme. Me había acabado enganchando a la seguridad del barco. Había olvidado cómo surfear la vida y la idea del mar abierto me dio tanto vértigo que me empezaron a entrar arcadas. Estaba demasiado debilitada, demasiado consumida. La sombra de Nico había opacado la mía por completo.

Basta, cálmate. El corazón bombeaba tan rápido que apenas podía retener el poco aire que me entraba. Estoy convencida de que el reloj insolente habría explotado en mi muñeca de haberlo llevado puesto. Me senté en un banco y empecé a buscar recursos en el cajón de mi memoria para aplacar la angustia.

Ground Control to Major Tom
Commencing countdown, engines on
Check ignition and may God's love be with you
Ten, Nine, Eight, Seven, Six, Five, Four, Three, Two, One, Lift off

No es que me diera un ataque de ansiedad, es que todos los ataques de ansiedad de mi vida convocaron una junta extraordinaria. Como un reencuentro de peligrosos amigos deseosos de llevarme a otras épocas pasadas.

¿Cómo estás, te acuerdas de mi?

El ahogo, el desasosiego, esa quemazón que empieza en los intestinos y se acaba extendiendo por todo el cuerpo. Esas ganas de querer salir temporalmente de tu carcasa, de intentar huir sin ser capaz de dar un paso al frente. Me puse a dar vueltas en círculo en una esquina y empecé a buscar herramientas para salir de la espiral hasta que, afortunadamente, encontré una que creía olvidada: «Ordena los armarios, Gala, fija la mente en algo tangible y sal del abismo».

Esa consigna un tanto críptica me traslada a una escena rocambolesca quince años atrás: es una noche de verano y estoy con una amiga en la terraza de su casa. Nos fumamos un porro. Todo son risas hasta que aquello me pega un viaje que me hace volar la cabeza y empiezo a buscar una pista de aterrizaje que no encuentro, mientras mi amiga sigue su viaje, ajena a todo lo que le rodea. Se ríe, abre los armarios de la cocina, engulle lo que se le pone a tiro. Yo la observo y también miro su despensa atiborrada, que acrecienta mi malestar, un caos de latas de conserva y galletas. Cuando estoy al borde del colapso, en un estado de locura pasajera, me da por ordenar mentalmente el armario de mi cocina, sin moverme de la de mi amiga. La cabeza se pone a trabajar a un ritmo frenético con un objetivo concreto: colocar el orégano y la pimienta en la balda de arriba, las servilletas y la vinagrera en la de abajo. Sorprendentemente, ese recurso logra calmarme y vuelvo a la realidad justo cuando mi amiga está comiéndose a cucharadas un bote de Nocilla. La observo con una sonrisa temblorosa y no le cuento que he pasado los últimos veinte minutos en el limbo, ordenando mentalmente los armarios de mi cocina para rebajar el ciego.

Unos años más tarde se lo contaría a Maite, el primer martes que fui a su consulta buscando consejo para salir de un agujero existencial. Recuerdo su veredicto después de detallarle con pudor aquel viaje psicotrópico:

Hiciste muy bien, te sentías abrumada por un exceso de estímulos y tu cerebro estaba tratando de anclar. El orden ayuda a rebajar los niveles de estrés, así que recurriste a una técnica psicológica muy valiosa sin saberlo.

Maite tenía el pelo rizado y fosco y hablaba con la parsimonia de quien las ha visto de todos los colores. Eché un vistazo a los diplomas que tenía colgados en la consulta y pensé que era justo soltarle los cincuenta euros que me soplaba por la visita.

Una vez terminado el paseo por aquel recuerdo, dejé de dar vueltas en círculo y fijé la vista en un banco que tenía enfrente. Caí en la cuenta de que al fin y al cabo estaba sintiendo *algo,* después de tanto tiempo en formato mujer de cera. Era como volver a la vida aunque fuera por la puerta oscura. Convoqué interiormente a todos los yoguis del mundo y poco a poco fui ajustando el compás de la respiración, logrando así deshacer el ovillo de ansiedad.

This is Major Tom to Ground Control
I'm stepping through the door
And I'm floating in a most peculiar way

Una señora se había sentado en un extremo del banco y noté que me miraba extrañada mientras yo me concentraba en la difícil tarea de inhalar y exhalar. Ella iba cargada con dos bolsas de fruta. «Voy a coger un poco de aire antes de subir la cuesta» me dijo. Le sonreí a

medias y le dije que yo también. Menuda cuesta me esperaba.

Segundo: los lloros

Volví a casa arrastrando los pies, con mucha resaca mental y sin poder controlar la tiritera en las rodillas, que se quejaban en silencio de los quince mil pasos que había dado alrededor del barrio, quince mil pasos que parpadeaban en mi reloj de aspirante a deportista en el que ahora aparecía dibujada una cara sonriente con el mensaje *Well done, mission accomplished!* Si todo fuera tan fácil, pensé.

Subí las escaleras torpemente, con el firme propósito de llamar a mis amigas y confesarme. Yo, la de la alegre actitud, la del todo está bien, la del no pasa nada. Nunca pasa nada. Llegaba el momento de desarmarme por fin, de quitarme la máscara y admitir que no todo estaba bien. Acababa de destapar un agujero pero no previ que empezaría a salir el agua a borbotones. Y así fue, literalmente. Tumbada en mi cama *King size*, sobre las delicadas sábanas de algodón egipcio, rompí a llorar sin consuelo. Lloraba la niña de la bolsa de cuadros Vichy que a los tres años cogió la puerta sin mirar atrás y lloraba la mujer en la que me había convertido, a la que había atrapado en la fábula equivocada. Lloré todo lo que tenía acumulado en el depósito hasta que los ojos se me hundieron detrás de los párpados. Fui a mirarme al espejo del baño, la cara abotargada, los pómulos como dos granadas pochas. Me agarré al lavabo y pensé en que llevaba años sin llorar por mí, a pesar de que lloraba con facilidad por los demás. Lloraba si hacía contacto visual con la mirada hueca del perro de mi vecina del quinto, ya viejo y cansado de mirar. Lloraba con las películas de Pixar, con *Bao* y con *Up*.

Ahora era mi turno. Era el momento de reconocerme en el espejo y llorar por ese reflejo marchito. Rescaté una lágrima con la lengua y retuve en mi boca el sabor salado de esa gota, para que no se me olvidara la desazón de ese momento. Paradojas del lenguaje.

Me metí en la cama a las dos de la tarde, dispuesta a regodearme en mi miseria. Los pensamientos galopaban de forma salvaje así que volví a respirar intentando seguir un ritmo y tiré de otro viejo lema, *piensa en algo bonito,* una oración sencilla pero eficaz que me acompañaba desde que era niña en la conjura contra mis fantasmas a la hora del sueño.

Tercero: el alivio

En un escenario idílico, en lo más profundo de mi subconsciente, tuve una conversación con mi yo niña. Llevaba un peto vaquero Osh Kosh y el único jersey que recuerdo de mi infancia, mi favorito, un suéter de felpa color melocotón con un mensaje en el pecho que decía 'American Warrior' en letras de terciopelo y que me gustaba acariciar compulsivamente.

Esa niña me decía que volviera a la página 1.

¿Cuándo soñaste tú con casarte? ¿Recuerdas cómo transformaste al Ken que te trajeron los Reyes Magos? Llegó de la fábrica con esa sonrisa absurda y el pelo dibujado en ondas falsas de gomina. Cogiste un punta fina Staedtler de la mesa de Matías y le abriste unos huecos en la dentadura. Le pegaste unos hilos de lana que había en el costurero de tu madre para que tuviera el pelo largo. Querías que se pareciera a ese niño que te gustaba, aquel rubio desdentado y caótico con un remolino de pelo rebelde en la coronilla.

Después de su discurso, con las rodillas untadas en mercromina, la niña cogía sus patines Fisher Price y se lanzaba carretera abajo, acercándose cada vez más a ese mar que la esperaba al final de la calle.

Pasé la tarde como si estuviera recuperándome de una intervención quirúrgica, confundiendo sueño con vigilia, realidad con fantasía, reescribiendo mi propia película. Esa noche dormí a medio gas y en el duermevela aparecieron mis amigas, mi núcleo duro, a las que echaba de menos y con las que tenía que ponerme al día enseguida.

comentarlas a pecho descubierto.

Al poco tiempo de conocer a Ana monté una cena en casa una noche que Nico salía con sus amigos. Quería que Clara y mis nuevas amigas se conocieran entre sí porque sabía que se gustarían y que montaríamos un buen equipo. Ninguna se parecía pero todas nos complementábamos, como las buenas mezclas. La noche se alargó hasta la madrugada y nos despedimos a las cinco de la mañana, con la satisfacción de haber descubierto una amistad que supimos que sería indestructible y con la promesa de hacer una quedada mensual, como mínimo, para sacudir cualquier resto de rutina. Esa misma noche creamos GoGirl! el chat de grupo que ahora iba a incendiar yo con mi noticia.

oficina: una mesa de madera de principios del S.XIX con las patas torneadas, mucha vida acumulada y una pandilla de termitas que tuve que aniquilar con paciencia un sábado de lluvia. Sobre el escritorio hice un hueco para otra joya de Sottsass, la lámpara Tahití, y a la izquierda de la mesa instalé una librería baja con seis compartimentos anchos donde se amontonaban libros de todo tipo, además de calendarios botánicos que me gustaba coleccionar. Reservé la última balda para cosas de trabajo.

El fondo de la guarida se convirtió en un jardín. En un extremo puse una pachira grande que compré porque me llamó la atención su tronco trenzado. Más tarde descubriría que, según el Feng Shui, ese árbol atraía abundancia y prosperidad al hogar y a los negocios.

Perdonadme que me ría del Feng Shui.

En la otra esquina del jardín acomodé un tronco de Brasil, dos cactus de Navidad -que en invierno daban unas flores en un color granada muy vivo-, una *calathea ornata* con los nervios rosas, un árbol de jade y una colección de suculentas que exigían poco y me hacían muy feliz porque me recordaban a mi abuela.

Cuando llegué con las chicas al refugio aquella noche, la pachira y el tronco de Brasil tenían las hojas especialmente abiertas, como si hubieran desplegado sus sentidos a sabiendas de que esa noche la conversación sería importante. Nos sentamos, picamos un poco e hicimos un repaso a nuestra semana, a modo de sumario, como una forma de romper el hielo antes de pasar a la acción. Cogí la ecografía que había escondido en el libro que tenía sobre la mesa de centro y, como el croupier en una partida de *Blackjack*, la coloqué frente a ellas con un golpe seco.

«Esto es lo que pasa» dije. Las cuatro se inclinaron para verla en un movimiento simultáneo y tras una breve pausa llegaron las caras de sorpresa y los enhorabuenas.

—Quietas, un momento. Que no es lo que parece. No estoy embarazada —dije.

—¿Cómo? —dijo Clara—. ¿Qué es esto, entonces?

—La ecografía de una tal Liliana Franco que vive en Bogotá. La encontré la semana pasada en el vestidor de Nico, detrás de un jarrón de hortensias secas que yo coloqué ahí al poco de mudarnos a esta casa, para darle un toque de *belleza inútil* a ese espacio tan funcional, tan aburridamente eficaz como él. Y, mira tú por dónde, creo que con ese gesto lancé un mensaje al universo sin ser consciente. Para que no todo fuera tan perfecto, para que su mundo (y el mío) no fuera tan prolijo, para encontrarme de vez en cuando con alguna hoja seca en el suelo de su vestidor, algún resto de vida. Parece que el universo me ha respondido. Vaya si lo ha hecho. ¿No querías vida? Pues ahí la tienes.

—¿Qué dices? ¿La ecografía de una tía que vive en Bogotá? No puede ser… —dijo Andrea de golpe apretando la mandíbula.

—Un momento. ¿Nico tiene un lío? —A Bea se le desencajaron los ojos.

—Pues eso parece. He *googleado* a la tal Liliana Franco y después de descartar varias opciones creo que he dado con ella. No sé por qué pero tengo esa intuición. Es mona. En su perfil de LinkedIn dice que estudió Arte en California y que está escribiendo un libro.

—¿Que es mona? ¡¡Estoy flipando contigo!! ¿En serio crees que Nico te está engañando? ¿Y te quedas así, tan tranquila? ¿No le has dicho nada? —Ana disparaba las preguntas según se le iban agolpando en la cabeza—. Le pega más una contable al muy cerdo.

Empezaron a opinar todas a la vez, a solaparse las unas con las otras entre exclamaciones, insultos y un bombardeo de preguntas a las que no tenía ganas de responder. Sentí un gran alivio en medio de su caos, como si hubiera soltado un lastre que ahora ellas trataban de encajar. Yo ya había pasado mi proceso. Ya había digerido la rabia, el orgullo herido, la desagradable sorpresa. Y ya estaba del lado de la suerte, en realidad. Las cuatro vinieron a sentarse a mi lado, como si temieran que me fuera a romper en cualquier momento.

—No me lo puedo creer. Qué cabrón. ¿Cuándo vas a hablar con él? —preguntó Clara.

—No sé, la verdad es que no tengo prisa. El domingo me dijo que teníamos que hablar pero cuando volví del teatro ya estaba dormido y el lunes se fue temprano para Bogotá. Supongo que sería eso de lo que quería hablar.

—¡¡Pero bueno!! ¿Cómo eres capaz de estar callada? ¡Alucino contigo! ¿Qué vas a hacer?

Bea y Ana se miraban entre si con perplejidad.

—Porque me da igual. En realidad me ha hecho un favor aunque os suene raro.

—A mí no me suena raro —dijo Clara, guiñándome un ojo—. Y me alegro de tenerte de vuelta.

Las dos nos miramos, cómplices de una larga amistad, y me alivió profundamente tenerla a mi lado en ese momento. Clara me conocía de toda la vida y por eso no necesitó

explicaciones de más, fue la única capaz de entender inmediatamente la situación. Ella ya sabía que Nico no era para mí. Le sonreí, con los ojos y con el corazón, por estar siempre a mi lado y por ser capaz de ver desde arriba el charco de barro en el que estaba metida.

Bea, siempre orientada a la acción y a tomar medidas, me cogió del brazo y mirándome con firmeza repitió una vez más: «¿Y qué vas a hacer?»

¿Qué voy a hacer? Esa pregunta me había perseguido, insidiosa, sin descanso, como una sombra molesta, desde que descubrí la ecografía. Me había acorralado, intentando hacerme cada vez más débil, porque al principio era el pánico el que preguntaba. Con los días conseguí silenciar el miedo y darle paso a la esperanza, primero, y a la gratitud después. Al fin y al cabo Nico me había hecho un gran favor, me había sacado del agujero en el que yo misma me había metido.

—Lo primero que voy a hacer es darle las gracias —dije con una sonrisa irónica, consciente de lo raro que sonaba eso—. Después me iré a Tarifa un tiempo —añadí con toda la calma del mundo.

—¡Pero qué dices! ¡Lo que faltaba! ¿Las gracias por qué? Estás pirada. El puto Ken tan *perfectito* él —Bea no salía de su asombro.

—Las gracias por despertarme del tedioso letargo en el que andaba metida. Vale, ha sido un despertar jodido, con un jarro de agua fría. Pero no estoy pirada Bea ¡al contrario! He recuperado la cordura más bien —le dije sonriendo.

—¿Que te vas a Tarifa? —preguntó Andrea—. ¿Cuándo? ¿Te mudas? ¡Joder me va a dar algo!

—Sí, me voy, pero no para siempre. Estoy pensando en quedarme seis meses tal vez, no sé. Me gustaría irme en julio. De momento estoy viendo casas con una inmobiliaria pero no he dicho nada en el trabajo aún. Les tengo que vender la idea de trabajar a distancia y venir a la oficina sólo cuando sea de verdad necesaria aquí. Ya os iré contando. Han sido días muy intensos pero de verdad que estoy bien. Mejor que en mucho tiempo, de hecho. He encontrado el camino de vuelta a la casilla de salida. Os quiero mucho chicas.

Me abrazaron haciendo un corrillo y apretujándome en el medio. Empezaron a recoger los vasos y les pedí con un gesto que pararan. Quería levantarme al día siguiente con la casa manga por hombro, como estaba mi vida, para no seguir pretendiendo un orden que no existía. Despertar y ver los restos de la noche, los ceniceros llenos y los vasos vacíos. Un rastro de vida, de esa vida impredecible que iba a recuperar.

Esa noche no tuve que decirme lo de *piensa en algo bonito* antes de dormir. Caí rendida y en mis sueños salió Tarifa, Zahara, los días de viento, las playas infinitas y la mejor puesta de sol que se pueda imaginar.

atendiendo clientes y sacando las bandejas del horno. Le pedí un café con leche y una tostada de pan de centeno con tomate y cuando me acerqué al mostrador para pagar vi que tenía una caja de cartón vacía al lado del carro con las bandejas de bollería. Le pregunté si podía llevármela y si tenía más, porque iba a hacer una pequeña mudanza. «Las guardo hasta el lunes por la tarde que viene el de los cartones», me dijo. Le di las gracias y le dije que el lunes por la mañana vendría a por más.

Desayuné observando, de forma alterna, la mesa del abuelo con el periódico, metido de lleno en el presente, y la mesa que tenía al lado, una madre con dos niños y un bebé, haciendo malabares por controlar la situación. El abuelo pasaba las páginas del periódico con templanza, humedeciéndose con la punta de la lengua el dedo índice. La madre, por el contrario, resolvía con dos manos y mucha paciencia el desayuno de los dos niños mayores, el biberón del bebé y lo que iba sucediendo a la vez en ese pequeño espacio en el que todo era puro movimiento: la cuchara que tira la niña, la servilleta que despedaza el niño, el sonajero que el bebé tira al suelo continuamente. En una esquina de la mesa descansaba el café intacto de la madre que ya se había quedado helado.

Cuando terminé de desayunar cogí la caja que me había dado Lola y noté que aún conservaba el olor del pan recién hecho. Me fijé que en el lateral de la caja había una espiga de trigo dibujada, una espiga liviana que parece débil pero no lo es, esa espiga azotada por el viento en los trigales que se dobla pero no se rompe, que vuelve siempre a su eje. Así me sentía yo ese día y así me sentí cada uno de los lunes siguientes, cada vez que bajaba a la panadería de Lola. Supongo que ella no entenderá hasta ahora, si me lee, por qué sonreía con esperanza al ver sus cajas: unos simples cartones para ella, tan cargados de significado para mi.

Al llegar a casa decidí que primero vaciaría la estantería empezando por los libros que más quería, aquellos que escondía de las miradas curiosas en una segunda fila, detrás de los que se veían a ras de la balda. Recogí también todos los que había amontonado en dos torres a los lados de mi escritorio y al verlo desnudo sentí un escalofrío de realidad.

despejado y la estantería medio vacía. «¿Dónde están tus libros?» preguntó, y en esa pregunta estaba implícita otra más importante que no se atrevió a formular. Él sabía que si mis libros se iban, yo también. Pero no fue capaz de añadir nada más. Simplemente me dijo, antes de desaparecer por el pasillo, que podía quedarme en nuestra casa (en casa, corrigió) todo el tiempo que quisiera. No sé por qué no le dije entonces que pensaba irme a Tarifa. Reconozco que sentía un placer secreto tramando mi salida, planeando la escapatoria sin darle explicaciones. Tal vez yo también quería sorprenderlo de algún modo.

Esa noche Nico se fue a dormir a la habitación de invitados y yo no pegué ojo. Me quedé en el sofá mirando al techo, repasando todo lo que habíamos hablado hasta que me sorprendieron los primeros rayos de luz. En cuanto oí que Nico encendía la ducha de nuestro dormitorio me fui de casa y a las ocho de la mañana estaba entrando en la oficina, con la ropa del día anterior, como cuando iba de de empalmada al trabajo recién salida de la Universidad. Pero con una resaca diferente.

jardinero de mis abuelos, para dar rienda suelta a su verdadera pasión. Empezó a hacer injertos, a crear nuevas plantas, a alterar el aspecto de algunas flores y el día que probó la marihuana, a escondidas de todos, la convirtió en su especialidad. Una especialidad que le sería muy útil años más tarde, la fórmula mágica para aislarse de aquello a lo que no quería enfrentarse.

Cuando se casó con mi papá, estuvieron viviendo unos meses con mis abuelos hasta que terminaron de construir su propia casa muy cerca. Sé que mis papás se casaron por conveniencia, como se casaban entonces en su círculo social: la hija de los Vergara con el hijo de los Franco, así de sencillo. Eran matrimonios apalabrados tácitamente entre familias, para perpetuar la especie, para seguir poblando el Country Club y el colegio americano. A mis abuelos paternos no les convencía del todo mi mamá, porque creían que se salía un poco del molde, pero finalmente claudicaron porque en ese momento no había otra oferta mejor sobre la mesa. Yo creo que mis papás no se casaron enamorados, porque no les dio tiempo a saber qué era eso, pero sí pienso que se adentraron en el matrimonio con el fervor juvenil de estrenar un mundo tan desconocido como excitante. Sin embargo, la diferencia de caracteres, el peso de una educación tan rancia como injusta y la carga de la inevitable cotidianidad acabó pasando factura a los pocos años, al no tener un proyecto común, al no haberse elegido del todo mutuamente y haber sentado juntos las bases de un compromiso tan exigente. Hicieron lo que tenían que hacer, lo que era de esperar, lo que sus padres habían hecho también. A los tres años de casados llegué yo, llegaron las muchachas de servicio y llegó el inevitable abismo entre los dos. Las motivaciones de mi papá eran, por este orden, el trabajo, las muchachas de servicio y el golf de los domingos.

Yo empecé a darme cuenta de todo cuando era una adolescente. Veía a las muchachas pavonearse y veía a mi papá dedicarles miradas pícaras, una forma de mirar que no veía que tuviera con mi mamá, a la que recuerdo siempre, por otro lado, desempeñando el rol de esposa perfecta, comprensiva, siempre alegre y sonriente, siempre dispuesta a hacerle la vida fácil a quien tuviera alrededor. Yo sentía a veces los celos de mis amigas, que tenían que lidiar continuamente con los cambios de humor de sus mamás, con las discusiones entre sus papás -cargadas de reproches e insatisfacción- y con el peso de sus vidas vacías.

En mi casa no había discusiones de ningún tipo. Mi mamá desprendía una paz de ser sobrenatural. De niña pensaba que era una virtud suya, la de no encenderse por nada, la de vivir como con un impermeable permanentemente puesto, ajena a cuanto le rodeaba, impasible ante el estilo de vida de mi papá, tan alejado de ella.

Cuando mis papás construyeron la casa en la que yo crecí, mi mamá no pidió un vestidor (mi abuela lo decidió por ella) o una salita donde jugar al Bridge (ya mi abuela lo previó). Lo único que mi mamá pidió fue un invernadero en la parte trasera del jardín. No fue algo que le sorprendiera a nadie, porque todos sabían de su afición por las matitas, pero sí se les hacía extraño que quisiera un invernadero teniendo un jardín de mil metros cuadrados. "Quiero sembrar plantas que requieren de un cuidado y un control más delicado, de una cantidad de luz determinada, de un sistema de riego específico". Teresa y sus experimentos, concluyeron todos, y se zanjó la cuestión.

A la entrada del invernadero mi mamá colocó una mesa de hierro forjado en color blanco con cuatro sillas alrededor y mandó poner una neverita como esas que tienen en los hoteles. En lugar de llenarla con botellitas de alcohol, chocolatinas y cacahuetes en lata, ella puso jugos, varios tipos de queso y pastelillos de fruta.

Mi mamá tenía muchas amigas que iban rotando, siempre de tres en tres, para tomar el té con ella en el invernadero. A mí me gustaba pasar a saludarlas cada tarde cuando volvía del colegio. Algunas veces, al abrir la puerta del invernadero, se descomprimía una nube de humo densa y espesa: la nube de mi madre, uno de los olores de mi infancia junto con el de la lavanda que tenía plantada en el jardín flanqueando la puerta de entrada a la casa. Mi mamá siempre parecía muy contenta y sus amigas también. Cuando se marchaban a casa, sobre las seis de la tarde, siempre se llevaban una bolsita de yute como las de lavanda seca que había colgadas en las puertas de los dormitorios.

Un día al volver del colegio, cuando yo tenía unos doce años, mi mamá me presentó a Tomás, un jardinero que le habían recomendado porque estaba especializado en plantas exóticas, según me dijo ella. Al verlo, deseé en secreto que mi mamá lo mirara del mismo modo que hacía mi papá con las muchachas de servicio. Tomás era alto, de tez morena y ojos verdes. Con el pelo largo, un poco ensortijado y las puntas quemadas por el sol.

Tenía 25 años, diez menos que mi mamá.

El texto terminaba ahí pero ya acumulaba cincuenta comentarios de lectores que la animaban a seguir.

¡Yo quiero una madre así!

Espero que acabe con el jardinero pleeeease!

Mi papá también es fan de las muchachas de servicio. ¿Qué les pasa a los hombres?

Me quedé fascinada leyendo las reacciones de la gente. Supuse que era uno de esos ejemplos de *fanfic* de los que me había hablado Ana, un fenómeno que al parecer movía a millones de seguidores en todo el mundo, una plataforma para escritores noveles donde compartir historias para irlas construyendo con el *feedback* de los lectores registrados en esa red social.

El día que les conté a las chicas lo de la ecografía y que había visto el perfil de Liliana en LinkedIn, Bea me dijo que le mandara un mensaje, para ver si ella sabía de mí. «Este es un cabrón de guante blanco, igual Liliana ni sabe que existes». A mi no se me había pasado por la cabeza escribirle porque en realidad me daba igual si Liliana sabía algo de mí, no había nada por lo que luchar. Sin embargo, después de leer el fragmento de su novela sentí que quería hacerlo. No buscaba venganza y no era en absoluto una curiosidad revestida de maldad. Creo que sentí compasión por ella y por ese alegato de amor romántico que camuflaba en la fallida historia de sus padres. Algo me decía que Nico no había sido tampoco del todo honesto con ella y que teníamos que conocernos.

Se me ocurrió escribirle con el señuelo de editarle el libro, aunque fuera una mentira como un templo. En un impulso irrefrenable, creé un perfil en la red social para poder dejarle un comentario *inocente* y comprobar si eso le hacía saltar las alarmas en caso de que Nico hubiera mencionado alguna vez mi nombre y mi profesión:

Hola Liliana, me llamo Gala Sart y soy una editora de Madrid. He caído por casualidad en esta plataforma y me ha llamado la atención el primer capítulo de tu libro. Me gustaría seguir leyéndote. ¡Ánimo con la hoja en blanco!

Tendría que esperar unas horas hasta recibir una posible respuesta de Liliana. Salí de la plataforma y concentré toda mi energía en Samuel y en la revisión de los últimos capítulos de *C'era una notte*.

A las tres y media de la tarde entré de nuevo en la página y vi que tenía un mensaje en mi recién estrenado perfil.

luz blanca del amanecer y comprendí que mi sueño era en realidad una fotografía de Alex Prager que tenía almacenada en el subconsciente desde hacía mucho tiempo y que me había visitado para cobrar vida, para abrirse el hueco que merecía. Soñar con esa imagen fue el detalle definitivo que me demostró que estaba quemando mi propia casa, en un sentido onírico y claramente revelador. Supe que tenía que comprar esa fotografía cuanto antes. Antes de meterme en la ducha, pegué un post-it a mi mesilla, junto al de «Quiero un gato», en el que escribí:

Alex Prager: 4:01pm, Sun Valley, from the series Compulsion & Eye #3 (House Fire).

Otro stock para añadir a mi cartera de futuros.

Al día siguiente recibí un email de Liliana con un PDF que contenía varios capítulos de "Los hombres perfectos". Las primeras páginas describían al padre de Lili, empresario de éxito, dueño de una potente farmacéutica en Colombia (¿en serio, Nico? ¿De verdad te habías ligado a la hija del jefe?). Un padre ausente con el que Lili no había llegado nunca a conectar del todo, el *santo* esposo de una señora excéntrica y cariñosa, completamente volcada en la vida doméstica y en una intensa afición por la jardinería. Era el retrato de una pareja y de una familia como tantas otras. Pero después de las presentaciones, el libro parecía un trabajo de investigación. Liliana había contratado a un detective privado que había seguido a su padre por la ciudad de Bogotá hasta desmontar por completo, con un extenso material gráfico de por medio, la postal de un matrimonio *perfecto* de clase alta. Eso era lo que Liliana creía que necesitaba para rescatar a su madre, las pruebas definitivas de una mentira revestida de perfección:

Mark y yo nos conocimos en el verano de mis veinticinco. Mi mamá acababa de perder a su mejor amiga y decidí instalarme con ella para hacerle compañía. Los días eran largos y repetitivos en un ambiente que no tenía mucho que ofrecerme. Una mañana, durante uno de mis paseos, vi un cartel pegado al poste de un semáforo anunciando un curso de detective e investigador privado y decidí apuntarme. Era un curso intensivo de un mes, de nueve a tres, que abordaba los puntos básicos de introducción al oficio. Marqué el número de teléfono y reservé mi plaza para el lunes siguiente.

El primer día de clases me sorprendió mucho la procedencia de mis compañeros, algo que no me había imaginado así. Será por la influencia de las películas, pero yo hubiera jurado que un curso de ese tipo sería un sitio misterioso donde conocer a un Sherlock o a un Dale Cooper, ese perfil de investigador interesante y enigmático. En su lugar conocí a Jose Manuel, un guardia de seguridad barrigón colocado ahí por su jefe, un importante empresario; a Mara, una inspectora de riesgos que trabajaba para una compañía aseguradora y que se peinaba igual que Cybill Sheperd en Moonlighting; a Serafín, un jubilado aficionado a las novelas policiacas y a rodearse de gente joven y a Mark, el único que estaba ahí por verdadera vocación. Un recién licenciado en sociología que, en la ronda de presentación que hicimos el primer día, dijo que estaba obsesionado con los conceptos de libertad, dignidad e igualdad para todos los individuos. Un idealista buscando la forma de ganarse la vida, pensé yo.

Cuando llegó mi turno tuve la suerte de verme iluminada por la inspiración y no dije que yo me había apuntado al curso para no perder la mañana dando vueltas por el mall. Me defendí con soltura y les conté que me interesaba la psicología y que quería profundizar en los comportamientos del ser humano. Mark me lanzó una mirada de aprobación, como incluyéndome en su equipo secreto, el equipo de los que nos tomábamos aquello como una ciencia seria. No tardó mucho en descubrir que estaba equivocado, aunque por entonces yo ya me lo había ganado con mi encanto y con las bolsitas que le llevaba cada lunes, cargaditas con marihuana de mi mamá.

Quién me iba a decir que más adelante pondría en práctica aquellas clases y que me acabarían interesando de verdad -o más bien afectando- las motivaciones y las conductas de ciertos seres humanos. Cuando empecé a sospechar que mi papá tenía una doble vida y sentí que había llegado la hora de desmantelar su mentira, Mark fue la primera persona en la que pensé. Sabía que nada más terminar el curso de detective, empujado por su talento y por la demanda de mercado, había empezado a tener bastante trabajo. Sabía que él me ayudaría, era un profesional serio y se había convertido también en un buen amigo. No dudé en dejar la investigación en sus manos y una tarde de septiembre me citó en su departamento, en el que había colocado una placa inaugurando así su oficina de forma oficial: Shady Deals Private Investigations.

Lili mencionaba que en ocasiones dudaba de que su madre no supiera de las aventuras de su padre. Creía que, igual que ella había visto desde niña, su madre se habría dado cuenta también de cómo su padre se pavoneaba ante las mujeres, pero sentía que tal vez su madre vivía en la negación. Por eso consideraba que era su deber, o su inmenso amor por ella, lo que

le empujaba a abrirle los ojos y darle las alas para dejar atrás esa vida apagada. *Aún no es tarde mami, sal ahí fuera y vive*, le decía una y otra vez. No fui capaz de leer más allá. De pronto me sentí culpable. Culpable de no dar un paso al frente y revelarle a Liliana el verdadero motivo de mi interés por ella. Culpable por ser cómplice de otro engaño: estaba clarísimo que ella no sabía todavía que había *otra* en la vida de Nico.

Tardé menos de diez segundos en mandarle un e-mail con la ecografía -su ecografía- en un archivo adjunto: «Creo que, en lo que a hombres perfectos se refiere, podemos colgar el cartel de aforo completo. Resulta que mi marido va a ser padre. Enhorabuena… espero. Gala».

se quedó ahí clavada, hasta que vio llegar el Nissan.

—¿Estás bien? He venido lo más pronto que he podido. Aquí tienes el sobre.

—Gracias por venir Mark, pasa un segundo, siéntate. Te pongo un trago. Sólo quiero comprobar algo.

Abrió el sobre con las manos temblorosas, Mark la miraba en silencio. Primero la fotografía de su padre con la *monita* en la puerta del Four Seasons. En un bistro, en el Parque de la Independencia, en el patio del Museo Botero. «Espera un segundo, creo que ese es Nico. El que está mirando su móvil debajo del arco a la derecha de la fuente. Se está haciendo un caracolillo en el pelo con la mano derecha, ese gesto es suyo. Sí, seguro es él».

—Mark, ¿quién es este pelado?

—El asistente de tu papá, ¿no? El que va siempre con él.

—No. Este no es Sebastian.

—No sé pues. Pero sale en más fotografías, con tu papá y esa muchacha, mira más adelante.

Seguí examinando las fotografías y ahí estaba de nuevo. De paseo en La Candelaria, comiendo en Prudencia. Los tres tan felices, tan ajenos a todo, tan por encima del resto.

A Lili le entró un golpe de calor que la agarró por la barriga hasta estallar en su cara, tiñéndola de púrpura. Apretó la mandíbula y los ojos se le abrieron como dos bolas inyectadas en sangre.

agujero bajo los pies y algo me decía que le costaría manejar el descenso a la madriguera. Pensé que se habían juntado dos ganadores, que el destino había querido que se enfrentaran dos colosos luchando cuerpo a cuerpo.

«Se va a enterar este mentecato» me dijo con los ojos encendidos antes de colgar.

Más adelante me contaría, con una precisión que me pareció hilarante, que el coste material de la escena fue de 13,239,308 pesos colombianos más las siete noches de hotel que tuvo que pagar Nico después de que ella descargara toda su ira, tirándole la maleta por la ventana y prohibiéndole volver a poner un pie en esa casa.

Por lo menos ocupa poco el pendejo, pensó Lili.

Cuando Nico salió de casa, ella estampó contra la puerta los dos platos de café que habían sobrevivido a la contienda, se atusó el pelo con coquetería y llamó a su madre para contarle todo.

—¿Pero es que acaso *se veían*? ¿Y tú lo sabías? ¿Puedes explicarte mejor, por favor? La nena me tiene frita a golpes por dentro.

—Ay tan linda mi nietita…

—¡Mamá basta! ¿De qué demonios va esta historia? Me había preparado para consolarte, para recoger tu desilusión, no para este delirio. Ah, ya entiendo, es la negación, sí, sí, es eso. Estás tratando de protegerte, es normal mami, la negación es una primera fase en la que…

—Qué negación ni negación mi niña. Tu papá siempre fue así, igual que el papá de Mariana, igual que el papá de Luz, igual que el papá de Fernanda…

Teresa se puso a enumerar a todos los maridos del vecindario. Liliana estaba ojiplática, agarrándose la barriga, con miedo de que se le cayera de golpe por la presión que sentía en las caderas, mientras el bebé pataleaba como si fuera partícipe de la escena.

—Tu papá ha tenido sus aventuras… y yo las mías, bueno, la mía.

—¿Cómo dices? ¿Tú también? —El corazón le golpeaba violentamente la carótida—.

—Bueno, he pasado buenos ratos con Tomás —dijo Teresa dejando asomar una sonrisa traviesa—. Pero eso también se acabó ya.

Liliana tuvo que sentarse para evitar caer redonda al suelo. En su mente, Nico y sus padres peleaban por alzarse con el trofeo del desengaño, con el primer premio a los estafadores. Era demasiado que digerir.

—Mira hija, contra todo lo que pueda parecer, tu papá y yo nos seguimos queriendo, sólo que de una manera diferente a la que tú estás acostumbrada tal vez. Hemos pasado nuestros baches, ¡son cuarenta años de matrimonio! Pero seguimos unidos como un equipo y por eso hemos decidido poner fin a unas aventuras que estaban llegando peligrosamente lejos.

—¿Peligrosamente? ¿Qué tan lejos puede llegar una aventura para que no sea un peligro?

—Eso dependerá de cada pareja… En nuestro caso hemos llegado al límite porque tanto Julia como Tomás querían más de nosotros.

—¿Y qué querían de más, si se puede saber?

—Pues, ya sabes, la convivencia, construir una vida juntos de verdad. En el caso de Julia incluso formar una familia quizá. Pero tu papá y yo firmamos un pacto hace muchos años, la primera vez que le descubrí.

—¿La primera vez? ¿Ha habido más entonces? No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Y en qué consiste ese pacto, mamá?

—Sí, ha habido otras antes. Pero juramos no dejarnos solos, nunca. Mira mi amor, sufrí mucho al principio. Llevábamos apenas cuatro años casados cuando me enteré de que había tenido una aventura con una de sus secretarias. Estaba igual de furiosa que tú ahora, pero con el tiempo lo entendí. Eramos muy jóvenes. Cuando nos casamos no nos conocíamos apenas y ninguno de los dos había tenido experiencias previas. Nuestros padres quisieron que el noviazgo fuera corto y les dimos el gusto. Creo que fue un error pero entonces tampoco teníamos tanto poder de elección como tienen ustedes ahora, a nosotros nos educaron en acatar las normas que dictaran nuestros papás. Al poco tiempo de casados llegaste tú y fue como una bendición para mi…me olvidé del mundo y de tu papá también, quería disfrutarte, tenerte sólo para mí. Y creo que tu papá se sintió abandonado y por eso volvió a caer. No lo excuso, ni mucho menos, pero creo que yo lo dejé de lado y eso influyó en que buscara otro tipo de cariño fuera de casa. Todas mis amigas estaban pasando por lo mismo así que en cierto modo me convencí de que eso era lo normal, lo que nos tocaba vivir. Me daba miedo quedarme sola como la Virtudes…

A Teresa se le empezó a ir la cabeza a la vida de la Virtudes, una vecina, tal vez la única, que se atrevió a ser independiente en una época en la que eso no era lo normal.

—Ahora entiendo que la Virtudes hizo de su vida lo que quiso y que estuvo bien hecho. Pero hace cuarenta años yo no estaba preparada para eso y me aterraba acabar como ella, Lili. No quería estar sola y se lo dije a tu papá. Le conté que sufría con sus deslices pero que me daba más pánico verme sin él. O empezando de nuevo con otro hombre. Tu papá me juró que nunca, nunca me dejaría sola, que su compromiso conmigo estaba por encima de cualquier aventura. Quise creerlo y me aferré a esa idea, despreocupándome desde entonces de todo lo que él hiciera por otro lado. Nunca más volví a indagar en sus asuntos y nunca más le volví a preguntar. Él siempre fue atento conmigo, nunca se olvidó de los detalles, nunca dejó pasar una fecha especial para irse a otro lado y contigo fue un buen papá. A mí me resultaba suficiente y me fui olvidando de esa otra parte suya. Te sonará cobarde, pero la idea de la soledad me parecía más insoportable que la de permanecer junto a tu papá, fuese como fuese. Me calmaba ver su armario lleno, sus pantuflas, su cepillo de dientes. Me gustaba

observarlo algunas tardes de domingo cuando se sentaba en su butaca a leer el periódico después de comer. Esa sensación de hogar era lo que yo quería. Y aunque, si bien estaba tranquila la mayor parte del tiempo, es cierto que me sentía un poco incómoda a veces, cuando pensaba que aquella forma de vida no era la que se suponía que debía ser. Era más bien una construcción nuestra. ¿Pero, qué es lo que debe ser y qué vida no es una construcción propia? Nos han hecho creer que todas las casas tienen que ser iguales y que lo contrario significa el fracaso. Y eso no es así querida. Hay construcciones de todo tipo. El problema es que normalmente nadie se atreve a compartir las diferencias. Tenemos miedo de que nos juzguen o de que nos miren con lástima. Hay que ser muy valiente para salirse del modelo.

—No entiendo nada, mamá. ¿Y tú también tuviste una relación con Tomás?

—Ay, Tomás… al principio no sentí que estaba conociendo a otro hombre. Imagínate, con el miedo que me daba simplemente la idea. Pero congeniamos muy bien, pasábamos muchas tardes juntos, compartíamos una afición que nunca compartí con tu papá. Y, poco a poco, se abrió otro mundo para mí. Extrañamente, esa nueva realidad con otro hombre me acercó más a tu papá. Fue entonces cuando entendí la emoción de descubrir una piel desconocida, la adrenalina por lo prohibido. Tu papá y yo logramos durante todos estos años vivir en una especie de armonía dentro y fuera de la casa, cómplices de un secreto…de un modo extraño, lo sé. Es difícil de entender si no lo experimentas en primera persona. Nadie en nuestro círculo íntimo se podía imaginar cómo era en realidad nuestra relación, todos nos veían como la pareja perfecta, inmune al paso de la vida y sus temporales. Quisimos ser también un ejemplo para ti y entiendo que estés sorprendida, pero me alegro porque ahora sé que creciste ajena a nuestra vida privada. Nuestra vida como matrimonio, no como tus papás. Recientemente tomamos la decisión conjunta de darnos una nueva oportunidad, porque ya estamos viejos y queremos andar el último tramo juntos, sin sobresaltos. Ya no necesitamos lo otro. Por eso te dije que esas fotografías que tú tienes son el retrato de una despedida: tu papá y Julia llevaban juntos varios años y Julia, debo decir la pobre Julia, se ha llevado la peor parte en realidad, aunque te parezca grotesco. Porque tu papá nunca quiso dejarme a mí para estar con ella y ella lo soñó y lo suplicó durante demasiado tiempo. Tomás también quería algo parecido. Nunca entendió cómo podía seguir al lado de tu papá. Pero las parejas tienen sus pactos, acuerdos secretos de los que nadie sabe y que en algunos casos como en el nuestro son, afortunadamente, inquebrantables. Quiero que entiendas, hija, que las relaciones son como un contrato entre dos personas que eligen sus propias reglas.

Liliana hipaba, desconcertada, incapaz de asimilar la moraleja de ese cuento. Su madre, a la que creía abnegada y casi beata, estaba dándole una lección de vanguardia asombrosa.

—Nico me ha engañado también —dijo al fin entre sollozos. Sigue casado y he conocido a su mujer. También lo he visto en varias fotografías con papá y esa Julia, por tanto sabía de la aventura de ellos y no me dijo nada, a pesar de que le hablé de tu libro.

—¿Qué libro?

—Ya no importa. Era una sorpresa para ti pero la sorpresa me la he llevado yo con todo lo que me acabas de contar.

—Liliana, mi amor, espera antes de sacar conclusiones. Lo de las fotografías con tu papá es normal, al fin y al cabo Nico se ha convertido en su mano derecha y no me extraña que haya conocido a Julia. Pero al contrario de lo que tú piensas, creo que hace bien en no meterse en los asuntos de de los demás y en protegerte, en cuidar la imagen de tu papá para ti.

—¿Los asuntos de los demás? ¡Se trata de mi papá! Y él sabía que no me gusta cómo se comporta contigo. Tendría que habérmelo contado. Entre Nico y yo no veo ningún contrato como tú dices, sólo mentiras desde el principio.

—El contrato no se crea solo, hija. Tienen que escribirlo ustedes. Respecto a su esposa, quizá ella lo esté negando porque sigue enamorada y quiere ponérselo difícil. O quizá Nico no esté siendo sincero contigo. Tienes que hablar con él, dale una oportunidad. Puede que estés equivocada y que en este caso seas tú la mujer con la que quiere hacer ese pacto.

—Mira mami, todo eso que me cuentas de las relaciones abiertas me suena a chino. Supongo que yo también crecí con el ideal equivocado.

— Yo sé mi amor. Sólo digo que tendrás que encontrar tú sola el camino y que no te aferres a principios inamovibles. ¿Quién es su esposa, cómo la conociste?

—Se llama Gala. Descubrió la ecografía de la bebé y me contactó. Bueno, no así exactamente…nos hemos conocido online, es una historia muy larga.

Teresa siguió con su discurso sobre las parejas pero Liliana desconectó completamente. Ni lo entendía ni quería oírlo.

—Fíjate, tu papá y yo después de tantos años y tantas vueltas, volvemos a empezar. Hasta quiere ir soltando cuerda en el trabajo, dice que seguramente Nico le pueda suceder pronto. Nos instalaremos en la casa de la playa para leer y dar paseos, para recibir amigos y para disfrutar de nuestra nieta. Serás una mamá estupenda, ya verás.

Lili acabó por calmarse con el efecto de esa película de sobremesa. No era su estilo pero el runrún logró distraerla temporalmente de la ira desbocada que acumulaba contra Nico. Tal vez su madre tuviera razón en algo: aún no tenía todas las piezas del puzzle. Puede que la relación entre Nico y Gala estuviera acabada de verdad y que Nico quisiera empezar una nueva vida.

Tenía que descubrirlo cuanto antes.

en el envoltorio y me lo ofreció. El corazón me dio un vuelco al ver ese caramelo que llevaba casi treinta años sin ver y que tenía un significado muy especial para mí. Los pies se me pegaron al suelo, como atraídos por un imán invisible muy potente y no fui capaz de contestar, así que ella sacó el caramelo del envoltorio y se lo llevó a la boca mientras mi cabeza volaba a otro patio, al de mi niñez, al de mi abuela Lita y sus caramelos rellenos.

Era una especie de ceremonia secreta. Cada vez que iba a visitarla, después de darme esos cien besos en uno que sólo las abuelas son capaces de dar (y no sin antes destacar si estaba más gorda o más delgada), mi abuela Lita se levantaba de su sofá de terciopelo ya raído, con el asiento sepultado por incontables tardes de siesta y televisión, y caminaba decidida hacia el armario de su cuarto. Allí, dentro de una caja metálica de galletas danesas, iba acumulando puñados de caramelos rellenos que compraba en la tienda de comestibles de la esquina de su casa. Lita siempre abría la caja delante de mi, como si fuera su tesoro más preciado, como si se tratara de un secreto entre las dos. «Coge uno nena» me decía casi susurrando.

Mi abuela siempre me llamaba nena.

Los caramelos tenían el tamaño de un hueso de níspero y a mí me gustaban especialmente los que estaban rellenos de melocotón. Recuerdo morder ese caramelo duro, imposible de partir con una dentadura postiza como la de mi abuela, y notar cómo se iba esparciendo por mi lengua el almíbar del relleno, un jarabe viscoso y extra azucarado que seguramente hoy no podría aguantar más de dos segundos en la boca. Al ver a Ángela marear el caramelo contra los carrillos, tratando de disolverlo como hacía mi abuela, se me abrió de pronto una compuerta interior y se empezaron a agolpar las memorias en casa de mis abuelos, la casa de la modorra de los veranos eternos en los que di los estirones de niña.

Los recuerdos no respetan el orden ni la hora de llegada y de los caramelos salté al sabor de la leche en polvo que mi abuela mezclaba con agua y que escondía en el mueble más alto de la cocina porque sabía que mi prima y yo le metíamos mano durante la siesta. Me vi también, de niña en su terraza, arrancando la hoja de un cactus sin espinas y acariciándola lentamente antes de apretarla para dejar escapar el líquido pegajoso de la salvia.

Ángela retorció el papel del caramelo hasta hacer un canutillo y al fijarme en sus manos di otro salto en el tiempo y vi las de mi abuela, con las manchas de sol dibujando el mapa de su vejez. Me acordé del bote azul de Nivea que guardaba en su mesita de noche y que potenciaba la exquisita suavidad de sus palmas. Esas manos, tan desproporcionadamente grandes para ser de una mujer, con su alianza y la de mi abuelo enterradas en la última falange del dedo corazón. Siempre pensé que esos dos anillos se irían con ella el día que muriera, que nadie sería capaz de despojarla de ese símbolo de amor eterno, porque entre el tamaño de sus dedos y la tiesura que acompañaba al *rigor mortis,* sería imposible que salieran de ahí, por mucho aceite que untaran, por mucho que insistieran con agua y con jabón.

Mi abuela se fue con su ajuar funerario, sus labios pintados de rojo para la eternidad y las cejas delineadas como Edith Piaf. Si me lo hubieran permitido se habría ido también con un par de caramelos rellenos en el bolsillo de su rebeca.

Le gustaba vestir con falda, siempre tres dedos debajo de la rodilla, y llevar el pelo perfectamente ahuecado, marcando unos grandes rizos dorados que su peluquera Laly se encargaba de mantener con una visita a domicilio dos veces por semana. Mi abuela olía a limpio neutro, a polvos de talco y a colonia de litro.

Descubrió los pantalones y el Telepizza con ochenta años y desde entonces se agarró a esa idea del confort. Se quitó la falda para siempre y añadió la pizza al menú de los viernes. De lunes a viernes prefería el bizcocho casero (*con huevos y harina se sube la colina*) y un zumo de naranja, quizá en homenaje a la huerta y los frutales, su paisaje de infancia.

En los días de fiesta bebía Fanta de limón, como hacíamos los niños en las reuniones familiares, viendo cómo el resto de adultos perdían la cuenta de las cajas de cerveza y las botellas de vino que iban vaciando y que hacían aumentar la temperatura de las conversaciones.

Vivía en una casa grande, pero el vaivén diario transcurría en dos habitaciones: la salita de la tele y su dormitorio.

En la salita de la tele, la programación se reducía al telediario, a *Rex, un policía diferente* y a la misa de los domingos; a un volumen inaguantable para cualquiera que fuera a visitarla pero que a ella no le alteraba en absoluto, porque su verdadera atención estaba en los crucigramas y en el balcón que tenía junto a su butaca y al que se asomaba de vez en cuando para contar los coches que pasaban por la calle. De tarde en tarde, también, se apoyaba en la

barandilla con la mirada fija en la iglesia que tenía enfrente y recordaba a las pocas amigas que le quedaban.

En la pared de la salita había un retrato de mi abuelo, un señor con boina negra y la cara gris verdosa, como de aceituna machacada. Decían que era de la época de la guerra, como si esa fuera la forma más bonita de recordarlo, como un homenaje neorrealista, sin edulcorar, para no olvidar que cualquier tiempo pasado no fue mejor. A mí me parecía que mi abuelo era como un galgo en esa pintura, el mismo color y la misma delgadez, los mismos ojillos en alerta, con una mirada de saberse acorralado, del que sabe que ya no servirá cuando termine la temporada de caza.

A la hora de la siesta mi prima y yo explorábamos la casa en busca de secretos, de algún misterio que creíamos oculto en la biblioteca o en el cuarto de la cama alta, el que había sido el dormitorio de la criada cuando mi madre y sus hermanos eran pequeños y en el que nadie se atrevía a dormir porque era frío y oscuro.

Otras veces salíamos a la terraza, arriesgando nuestra vida, porque todo el mundo sabe que en verano el sur de España se despuebla a la hora de comer, que a nadie en sus cabales se le ocurre pisar la calle entre las dos del mediodía y las nueve de la noche. Cuando abríamos la puerta de la cocina que comunicaba con la terraza, la bofetada de calor era de tal magnitud que mi prima y yo entrábamos instantáneamente en un estado de embriaguez que nos insuflaba de una valentía inconsciente. Era entonces cuando nos daba por saltar al tejado, un tejado de pueblo de color naranja, resistente a las heladas de febrero y a los hirvientes días de agosto pero que tenía muchas tejas rotas y que quemaba como debe quemar el infierno. Drogadas por el calor, saltábamos de una casa a otra como veíamos que hacían los gatos, que se movían por aquellos techos con ligereza, aguantando el tiempo exacto en cada teja sin que se les quemaran las almohadillas esas que tienen bajo las patas.

En casa de mi abuela, según entrabas a la derecha, había un mueble con la cubertería de plata, un juego completo con las iniciales de mi abuelo grabadas. La que fue la cubertería de domingo de mi madre y sus hermanos y que ahora he heredado yo, aún sabiendo que no la usaré nunca porque a lo mejor no quiero recordar que la sopa de mi abuela sabía a metal, aunque fuera noble.

Enfrente del mueble, pasando el recibidor, estaba el salón comedor con una biblioteca de suelo a techo saturada de libros. En ese salón el ambiente se notaba cargado, todo el espacio estaba dominado por una nube de silencio, pesada, con olor a tiempo detenido. Yo siempre me sentía incómoda en esos sillones de escay, rodeada por los retratos de la familia, de otras vidas pasadas, de momentos congelados. Muy a mi pesar, ese era el salón de las cenas familiares en Navidad, cuando aún hacíamos de esas, cuando llegaban los primos mayores disimulando la alegría de los primeros güisquis y en las que mi abuelo contaba las mismas batallitas año tras año. Esas cenas en las que la familia se gritaba y se peleaba por viejos reproches o por un quítame allá esas pajas.

La Navidad es el reencuentro ideal para saldar deudas pendientes. Siempre se empieza con los abrazos, el cómo han crecido, el que ilusión veros. Y cuando llega el postre, con el Anis del Mono y la cuchara *hacia Belén va una burra rin rin* aparecen los reproches. Ahí es cuando se presenta de verdad El Lobo, qué gran turrón. Los ceniceros siempre estaban llenos y por ende los niños envueltos en una nube de humo tóxica que hoy sería impensable, pero que durante mi infancia era un símbolo de hogar. Ese hogar que es al mismo tiempo zona de guerra y paz donde se manifiesta el cariño entre regalos, risas, brindis y gritos porque querer también es gritar, también es decir:

Hasta aquí hemos llegado no puedo más.
Tienes el culo más gordo.
Qué pesado eres.

Esa cena que es testigo de los secretos entre los matrimonios que aguantan la sonrisa, la fuerzan y la dibujan, contando los minutos para salir de ahí, para llegar a casa y decir: no soporto a tu familia. Aunque el año que viene acabemos haciendo lo mismo. Y al siguiente. Y al otro.

Mi abuela mataba a los pavos de Navidad con sus manos, les retorcía el pescuezo y luego los pinchaba para desangrarlos, para recoger la sangre en un bol y hacer con ella pelotas de Navidad, *pilotes de Nadal*, sangre mezclada con carne para que no se te olvide el dolor y el sufrimiento de Cristo. Preparaba cada año una sopa de picadillo y sus fieles seguidores disfrutaban devorando un caldo lleno de tropezones de carne y huevo. Yo siempre rogaba por

una sopa de fideos, *por favor, que no sepa a carne abuela, que no sepa a nada.* A ser posible que no sepa a la plata de las cucharas.

Así hasta que llegaba la bandeja con los turrones, los polvorones y las marquesitas y alguien sacaba las panderetas y la botella de Anís para raspar con la cuchara, *yo me remendaba yo me remendé,* porque nos caemos fatal pero la música amansa a las fieras y es la hora de cantar villancicos. Por entonces la tradición se respetaba te gustara o no.

En Navidad mi familia seguía una escaleta, un guión establecido a lo largo de los años que nadie se atrevía a romper para decir: *a la mierda el ritual, ¿quién quiere unas pizzas?* Estoy segura de que, en ese supuesto, mi abuela habría dicho «yo no tengo mucha hambre nena» o «a mi me da igual nena» para luego acabar comiéndose su pizza y la del vecino porque mi abuela tenia un saque acumulado de años de guerra. Tenía el pico y la maleta siempre lista, preparada para subirse a cualquier coche en marcha, nunca a un avión. Si había que viajar dieciocho horas en autobús para ir al Vaticano a conocer a Juan Pablo II allí estaba ella la primera, *porque a mi lo que me gusta es salir de casa y mirar por la ventanilla del autobús, para ver otra cosa que no sea la iglesia de San Miguel, para dejar de contar coches y para no acordarme de las amigas que ya no están.*

A veces la vida se queda detenida en un instante, un momento aparentemente cotidiano que se congela y al que puedes volver sin dificultad. Por eso puedo revivir, nítidamente, que me estaba sirviendo un café el día que mi madre me llamó para decirme que se había muerto mi abuela. Y que al colgar el teléfono cogí una cuchara y me puse a remover el líquido negro de la taza, pensando en lo absurdo de ese gesto, sorprendida de que la vida siguiera, como si la muerte fuera sólo un punto y a parte.

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué?

—Que si te gusta la casa, que si podrás recuperarte aquí de eso que arrastras.

Ángela me sacó de mi ensoñación devolviéndome a la realidad, con las manos en los bolsillos y mirándome detenidamente.

—¿Cómo sabes que arrastro algo? Bueno… déjalo. Es perfecta —le dije.

—Estupendo. ¿Cuándo te instalas entonces? Quiero ir a ver a mi hermana que vive en Santander pero no quiero dejar que las brevas se pudran en el suelo. Cada día me llevo diez o quince, fíjate cómo está la higuera. Me tienes que decir cuándo vienes para irme yo.

Hay mujeres que retrasan los viajes por sus hijos o porque no saben qué hacer con el perro y luego está Ángela, que no se mueve de aquí si alguien no se ocupa de su higuera. Me pregunté por qué sería tan importante para ella y me acordé de la poeta uruguaya Juana de Ibarbourou:

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.
En mi quinta hay cien árboles bellos,
ciruelos redondos,
limoneros rectos y naranjos de brotes lustrosos.
En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.
Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca de apretados capullos se viste…
Por eso,
cada vez que yo paso a su lado,
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
«Es la higuera el más bello
de todos los árboles del huerto.
Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué dulzura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!
Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,

embriagada de gozo le cuente:
¡Hoy a mí me dijeron hermosa!

—No puedo mudarme hasta Julio, Ángela.

—Uy ¡Pero si son casi dos meses! ¿Por qué no puedes venir antes? Vas ligera de equipaje, te mudas tú sola, ¿no? Pues con una maleta es más que suficiente.

No quise entrar a ahondar sobre lo que significaba ir *ligera de equipaje*. Puede que fuera así, en un sentido literal, pero metafóricamente era lo opuesto, no iba ligera de equipaje en absoluto. Aún tenía que terminar de cerrar los detalles con recursos humanos para venderles mi plan de trabajo en remoto, tenía que despedirme de la que había sido mi casa de mujer adulta y responsable y tenía que decirle a Nico que me iba de Madrid un tiempo. Todo eso que me daba tanta flojera afrontar. Me estimulaba mucho más pensar en la nueva vida que se iba dibujando ante mí.

¡Qué bueno verte, Gala! ¿Dónde te habías ido? Por fin volvía a tratarme con respeto, por fin estaba de vuelta.

Le dije a Ángela que en Junio tenía un viaje reservado desde hacía mucho tiempo. Había leído que en la Amazonía peruana la noche de San Juan se celebraba de una forma muy especial, con pasacalles alegóricos para conmemorar el nacimiento de su santo patrono, con ritos de purificación para ahuyentar los malos espíritus y atraer la buenaventura. Un día le pedí a Flor, la responsable de prensa de mi grupo editorial, que me contara más sobre esta celebración tan arraigada en la selva nororiental de Perú y a ella, limeña hasta la médula, le sorprendió tanto mi interés que me invitó a pasar unos días en su casa de Lima y prometió acompañarme a Iquitos a disfrutar de esa experiencia. Cuando organicé el viaje, mi motivación principal era el folclore y, ahora que se acercaba la fecha, estaba más motivada por la mística de la celebración en sí. Qué mejor forma de invocar la llamada de mejores tiempos por venir que lanzar a la hoguera mi pasado reciente. San Juan, el inicio del verano y el fuego que convierte en ceniza lo viejo, dando paso a la esperanza.

—En cuanto vuelva a Madrid cojo el macuto y me instalo. Ya mandaré las cajas con mis pertenencias más adelante.

—¿Perú? Qué suerte, *nena.* Si se pudiera llegar en coche me iba contigo. No soporto los aviones.

Me dejé llevar por la inercia. Yo no le habría estampado nunca ni una vajilla de Ikea, para mí no lo merece. No hay nada en él que me conmueva tanto como a ti. Puede que Nico esté igual de enamorado que tú y que a ti te muestre la mejor versión de si mismo. Tú y yo somos diferentes, así que puede que vuestra historia también lo sea. Es todo lo que puedo decir.

Esa noche volví a casa andando después de trabajar. Corría una brisa ligera que se agradecía y disfruté del paseo por Madrid, de su curiosa mezcla entre castizo y moderno. Estaba sacando las llaves del bolso en el portal de casa cuando oí un maullido débil que venía de la acera de enfrente. Había una moto aparcada y cuando la rodeé para identificar de dónde venía ese quejido vi un gato acurrucado debajo del tubo de escape. Debía de tener unos días de vida. Lo cogí y me lo llevé a casa, le di un baño en el fregadero y le puse un bol con leche. Con la barriga llena, el gatillo buscó un hueco en la alfombra del salón y se quedó enroscado ronroneando por su suerte. En ese momento le mandé un mensaje a Ángela diciéndole que el uno de julio estaría en Tarifa sin demora, pero que no iría sola. «Cuidaré de tu higuera pero Levy vendrá conmigo» le dije, adjuntándole una foto de mi nuevo amigo.

yo quiero es un nieto ¿para cuándo lo vas a dejar? Mira que el tiempo pasa muy rápido y los jóvenes de hoy os confiáis y luego no es tan fácil como parece. Hala cariño, no pasa nada. Tú sigue para adelante que vales mucho. ¡Silviaaa!

Mi madre dio por cerrada la conversación dándome un beso fugaz en la frente y levantándose de un respingo. Cogió su taza de café y puso rumbo a la cocina, para poner firme a Silvia con su látigo invisible. Cuando despareció con sus murmullos mi padre me agarró suavemente por el brazo.

—Aunque te veo bien, me imagino que ha sido un trago difícil y lo siento mucho, hija. Ese es un *capullo* que no se merece a alguien como tú y me alegro de que te hayas dado cuenta. Borrón y cuenta nueva. ¿Me oyes? Ya sabes que un paso atrás… ni para coger impulso!

Me abracé a él con fuerza y al juntar nuestras mejillas noté que le brotaba una lágrima con disimulo. Él cogió de nuevo el periódico y siguió con lo suyo, *como siguen las cosas que no tienen mucho sentido,* que diría Sabina. Me despedí de Silvia y de mi madre y prometí llamarla con más calma para contarle mis planes inmediatos.

Pasé la tarde organizando mi armario, agrupando por un lado todo lo que pensaba llevarme inmediatamente y por otro lo que dejaría ahí de forma indefinida. También llené un par de bolsas con ropa y bolsos que me había regalado Nico y que no quería volver a ver.

El domingo por la mañana Cinta llegó antes de la hora acordada y cogió una mesa para las dos al lado de la ventana. Cuando me vio llegar a través del cristal, se levantó con entusiasmo y me dio un abrazo que no fui capaz de corresponder.

—¿Qué te pasa, Gala? ¿Va todo bien?

Lola llegaba justo en ese momento a tomar la comanda. Se mascaba la tensión y le pedimos dos cafés al vuelo. Miré a Cinta a los ojos (esos perdigones de pajarillo cándido) y los míos se humedecieron, inevitablemente.

—No, no va todo bien —respondí conteniendo las lágrimas—. Nico y yo nos hemos separado. Deduzco que no te ha contado nada.

—¿ Por qué, qué ha pasado?—respondió Cinta agravando la expresión de su mirada—. No me ha contado nada, no. Pero bueno, no me sorprende. Nico siempre ha sido tan inaccesible para mi… Ay Gala, cuánto lo siento. En cierto modo me temía que llegara este día porque siempre tuve dudas de vuestra relación, lamentablemente. Es mi hijo y lo quiero con locura pero sé que no es un hombre fácil. Es taimado, hermético, nunca he sabido lo que piensa de verdad. Podría decir que no lo conozco del todo, a pesar de haberlo criado. Y el primer día que te vi pensé que eras una bendición para él, que tal vez consiguieras sacarlo de la coraza en la que vive escondido. Pero ya veo que no. ¿Ha pasado algo?

— Han pasado muchas cosas. Nico va a tener un bebé. Lleva tiempo conviviendo con otra mujer en Bogotá. Para ser más precisa, con la hija del dueño de la farmacéutica de la que siempre nos habla. He conocido a esa otra mujer, Liliana, porque descubrí una ecografía del bebé en nuestra casa. Nico no me había contado nada. Y ella está igual de sorprendida que yo porque él le había dicho que nosotros estábamos separados. Es cierto que hace tiempo que hay una gran distancia entre los dos pero no habíamos llegado a hablar del tema, ya fuera para solucionarlo o para separarnos formalmente. Hasta ahora, claro. Dejaré que te cuente él los detalles, si quiere, pero tiene previsto mudarse a Colombia porque, además, el padre de Liliana le ha ofrecido sucederle en la empresa. Profesionalmente, es un gran salto para él. Yo he decidido irme un tiempo de Madrid y en la editorial he conseguido que acepten que trabaje a distancia. Me voy a vivir a Tarifa por unos meses.

— No puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Cómo ha podido hacerte eso! Qué bochorno. Lo siento Gala, lo siento muchísimo de verdad. No tengo palabras para expresar lo decepcionada que estoy ahora mismo. Perdóname.

Cinta, cabizbaja y muy apesadumbrada por la noticia, se frotaba la frente de forma compulsiva. No quise decirle que la traición de Nico había resultado ser, en realidad, un gran regalo para mi. Me senté a su lado con el deseo de consolarla, de aligerar el peso de vergüenza y decepción que ella estaba cargando injustamente.

—No te apures, Cinta. No es tu culpa y no tengo nada que perdonarte a ti, más bien al contrario. Hace tiempo que nuestro matrimonio hace aguas. Aunque no hubiera pasado todo esto, no habríamos llegado mucho más lejos.

—¡Pero yo no le he educado así! Es muy humillante, también para mí. Gala, me gustaría que supieras que te quiero como a una hija y que me daría muchísima pena no saber más de ti. Voy a echar de menos nuestros domingos de sobremesa —me dijo apretándome la mano

con firmeza.

Tenía las mejillas encendidas y sacudía la cabeza constantemente con un gesto de desaprobación.

—Lo sé. Y ten claro que eso no va a pasar. Yo tampoco quiero perderte. Quedaremos para tomar el aperitivo que es mucho más divertido—le contesté.

—¿Qué te han dicho tus padres?

—No se han sorprendido mucho…

—Me lo imaginaba, no hace falta que me digas más. Tengo muy claro que ellos no han perdido tanto como yo—dijo con una media sonrisa.

Nos despedimos en la puerta de la panadería con un abrazo sentido y tembloroso. «Hasta pronto» me dijo Cinta enjugándose las lágrimas antes de abrir la puerta de su coche. Y en ese momento quise retener su esencia: la luminosidad y la calidez que desprendía, tan alejadas de la opacidad de su hijo. Me dije a mi misma que la cuidaría, que aunque ella dudase de que nos volviéramos a ver, yo haría lo posible para que nuestra amistad siguiera creciendo al margen de Nico.

decidido darle otra oportunidad a Nico. Creo que no sabe manejar bien sus emociones pero me siento feliz a su lado. Gracias por ayudarme siempre. Un beso.

Le deseé suerte y le dije que me alegraba por los dos, aunque en el fondo pensara que Lili no era consciente de que el verdadero problema de Nico no era la mala gestión de sus emociones, sino la preocupante ausencia de las mismas.

De vuelta en Lima no quise perderme una visita al Museo de Arte Contemporáneo y al Museo Pedro de Osma, una mansión maravillosa de principios del siglo XX que alberga una imponente colección privada de arte colonial. Mi vuelo salía a última hora de la tarde así que nos dio tiempo a celebrar una comida de despedida en la que agradecí a Flor su hospitalidad y el haberme permitido vivir toda la experiencia de su mano.

Mientras esperaba a que me llamaran para el embarque me puse a perder el tiempo en Instagram y vi una foto de mi amigo Jorge, bronceado y sonriente, al lado de una morena igual de risueña.

#tulum #paradise #goodvibesonly rezaba el pie de foto.

Supuse que sería su nuevo ligue y le mandé un mensaje.

Gala:

Qué mal vives, amigo. ¿Qué fue de Charlotte? Parece que ha cambiado de color e intuyo que de acento también… Me he separado de Nico… ya te contaré. He pasado unos días en Perú con una amiga y en un rato vuelo de vuelta a Madrid. Me mudo a Tarifa un tiempo… ¡tengo tanto que contarte! No sé si pedirte que me invites a una fiesta antes de irme ¡Besos, canalla!

Su respuesta fue inmediata.

Jorge:

Qué onda Galita ¿qué pasó con tu galán? Vente el sábado conmigo, hay una fiesta bien chingona en la galería de arte de un amigo. Apúntate, que aquí consigues reemplazo rápido!

Me brotó una carcajada. Qué grande, siempre tan libre.

Gala:

Jajaja. Mi galán era demasiado perfecto. ¿De qué va esa fiesta? Miedo me das… ¿Has cambiado las corralas por las galerías? ¡Te has sofisticado Jorgito!

Jorge:

¡Ya sabes que siempre hay que evolucionar mi Galita! Es la inauguración de una exposición muy cool, de un artista que se inventa mundos o algo así. ¡Está padrísimo!

Gala:

¿Un artista que se inventa mundos? ¿Cómo es eso?

Jorge:

No sé, pero ha creado un nuevo lenguaje y todo. Es un italiano muy chingón, surrealista. ¡Vente!

Se me hizo una bola en el esófago. No sería…

Gala:

¿Cómo se llama el artista?

Jorge:

Espera que lo busco. Luigi Serafini.

¿Perdón?

Gala:

¿Tu amigo representa a Luigi Serafini?

Jorge:

¡Sí! ¿Te cuadro una cita?

Gala:

No mames güey…

No pegué ojo en el viaje de vuelta. Tenía el estómago en marejadilla (¿o debería decir el alma?). Estaba dominada por una premonición que no sabía definir, una intuición sin su palabra oportuna, algo más grande que yo que avisaba con tomar el próximo rumbo. No puede ser. ¿Iba a conocer a Luigi Serafini? ¿Y quién sería ese amigo de Jorge? Sentí un presagio de emoción nueva, de esperanza, mezclado con algo oscuro que venía de otra parte sin identificar.

de supositorio gigante, alguna vez lo ha visto encendido, cuando Gladys prepara el asado de carne con romero.

Liliana cuenta uno, dos, tres, cuatro, al tiempo que hace girar hacia la derecha los mandos de los quemadores.

Un siseo sutil, un ligero aroma a huevo podrido.

Entonces coloca su bolso de mano sobre la maleta y enfila el pasillo hacia la puerta de la calle.

Comprueba su aspecto en el espejo que hay sobre el mueble de la entrada, un toque de *rouge* en los labios, tiene buena cara a pesar de todo, los seis kilos de más le confieren un aspecto saludable. Se ahueca el pelo, no le gusta que se le quede pegado en la coronilla, así mejor, ha leído que cuando dé a luz se le caerá a manojos.

Qué me importa, a quién le importa el pelo.

Se acuerda de que el idiota tiene un tic, puede verlo con claridad ahora mismo, haciéndose caracolillos en la nuca, el dedo índice enrollando un mechón y liberándolo acto seguido, lo hace cuando está concentrado, cuando está nervioso tal vez también.

Un gesto involuntario que lo delata hasta en las peores fotos de Mark, aquellas en las que aparece a lo lejos, como un actorucho de segunda.

Liliana abre la puerta y el sensor de luz del rellano se activa automáticamente, es su turno sobre el escenario y hoy representa un papel principal. El de una Macbeth que mira por última vez el pasillo de esa casa y la pintura picada de la pared allí donde chocó la bandeja de porcelana de Limoges. Respira hondo y se aclara la voz antes de mirar a su público y pronunciar una frase que cambiará su vida para siempre:

Descansa mi rey. Eternamente.